

midad; y, sin embargo, en fines de Junio se hicieron precisas conminaciones de todo género, y luego apremios de toda urgencia, para que la ejecución de lo mandado con tanta premura por los de arriba y prometido con tanta obediencia por los de abajo se cumpliera. Estos auxilios municipales, de mucha cuantía é importancia, se unieron al millón y ciento cuarenta mil maravedises concedidos por la Corona de Castilla y á los quinientos mil maravedises por Colón aportados como participación suya personal en la octava parte, allegada y cumplida con muchos y muy complejos esfuerzos y con muchos recursos venidos de diversos orígenes. No se tenía todo, sin embargo, con tener el dinero. Las gentes requeridas á cooperar en la empresa y seguir al descubridor encabritábanse bajo el anhelo de sacudir aquella pesadísima carga y burlar aquella onerosa obligación. Por deservicios á la Corona y en forma de castigo se les imponía el aprontamiento de las carabelas y su costosa provisión; medida, cuya gravedad pesaba mucho sobre los hombros de aquel pueblo mareante y necesitado por ende para sí de todos los recursos marítimos. El sentir general revolvíase contra el aventurero gárrulo y ligerísimo que les apenaba con habladurías sugeridas por su facundia italiana y con fantaseos nacidos en una imaginación, según ellos, del todo confusa y desarreglada. Maldecían la hora en que á sus puertas llegó aquel peregrino, capaz de dar con sus hechicerías y embustes mal de ojo á todo un pueblo, hacia el cual únicamente podía sentir la indiferencia, cuando no el odio, natural en gentes extrañas y extranjeras. Quien haya sido extrañado alguna vez por fuerza y se haya visto forastero en cualquier pueblo comprenderá los afectos despertados por Colón en la gente á quien tales dolores infligía. Y con estas naturales repulsiones juntábase lo maravilloso y extraordinario de aquel caso con lo temible y pavorosísimo de sus circunstancias y accidentes. El nombre de tenebroso, dado al mar occidental, prueba en cuán tupido velo de negras supersticiones lo había envuelto la general ignorancia, tan propensa de suyo á creer

todas las fábulas trágicas. Corrientes bituminosas, como las ideadas para pintar los ríos del infierno, enturbiaban la superficie de océano tan por extremo terrible; y vapores mefíticos, á nubes de muerte semejantes, henchían aquellos caliginosos aires. Todo cuanto se dice y se cree de los peligros en el mar frecuentes agrandábase al tratarse de un mar circuido por impenetrable misterio. Si la imaginación ha puesto en las aguas más rientes, bajo los cielos más espléndidos, al pie de costas abiertas como senos amorosos, en olas que guardan perlas y lamen corales, aquellas engañadoras sirenas, cuya sonrisa os atrae para destrozaros en sus brazos; aquellas Gorgonas que os petrifican; aquellas Circes, contra las cuales precisa tapiarse de cera los oídos; aquellos Encélados, escaladores de las alturas sidéreas por escalones de lava y entre chasquidos de rayos; aquellos titanes desmesurados, cuyos pulmones remedan la fragua del Etna; el cavernoso antro de donde suelta Eolo, desde sus odres y pellejos, los huracanes y las tormentas que tronchan como cañas los mástiles: si tales cosas espantables pensó la riente Grecia y la idílica Sicilia del mar y sus procelas, imaginaos lo que la supersticiosa Edad Media expirante creería de un océano como el Atlántico, tan embravecido á la continua y proceloso, hacia cuyos abismos empujaba el poder con sus fuerzas coercitivas á gentes cansadas de ver cómo se iban muchos y no volvían, hundidos en profundidades que la tempestad azota con tanta frecuencia y que pueblan en tanto número titánicos monstruos.

Así que pusieron los continos el embargo á las carabelas, emigraron cuantos podían tripularlas como si el mar se los hubiera tragado. La orden de acopiar mantenimientos para un año aterraba con terror pánico y contagioso á los más audaces, acostumbrados en sus correrías de mayor atrevimiento á derrotos, los cuales unas doscientas leguas, á lo sumo, les apartaban de las costas. En vano los Reyes expedían cartas sobre cartas; en vano los alcaldes publicaban una tras otra en bandos

públicos á voces, de trompetas y tambores acompañadas, las indispensables órdenes; en vano el contino de SS. AA., Juan de Peñalosa, compelia los pilotos á embarcarse, si no de grado, por fuerza; en vano acababa de llegar el corregidor Juan de Cepeda, que había inmediatamente aprestado las fortalezas, artillándolas, para llevar la imposición del mandato á las últimas violencias: los marinos corrían como alma que se llevase por los aires el diablo, y haciendo la cruz al charlatán genovés, volvíanse invisibles cual por arte de magia y encantamento. Con aquella corajuda tenacidad, propia del temperamento que reconoce la ciencia en Colón, éste porfiaba tanto por embarcarse á cualquier coste y con cualquier tripulación, que prometía, según el contexto de poderes fehacientes, perdonar las condenas y abrir las cárceles, llevándose los criminales, aun á riesgo de que lo matasen, como si aquella expedición, en lugar de ser una empresa, fuera un suicidio. Estas heroicas resoluciones, bastantes, en otro cualquier caso y ocasión, á acreditarlo de mártir, ó héroe, ó redentor; en esta porfía le daban como aires de monomaniaco y le ponían en peligro de que lo ataran á la menor novedad y lo recluyeran en cualquier hospital. Por todos estos engaños del público, las resistencias ajenas redoblaban á medida que redoblaba Colón los esfuerzos propios. ¿Cómo, decían las gentes, podéis fiaros de quien lleva la demencia, no sólo á querer levas alzadas con amenazas de un cañoneo asolador, sino á reabrir las cárceles y arramblar con los presidiarios en una empresa marítima, para la cual tanto se pide la virtud, y la humildad, y la obediencia, y la sujeción á las ordenanzas materiales y morales de una disciplina militar y religiosa?

Hoy, explorado el cielo por los telescopios, henchidos los barcos del vapor que los impele contra viento y marea, el rayo de las tormentas cambiado en luz eléctrica, la tierra explorada, las costas esclarecidas en su mayor parte por faros amigos del navegante, no podemos explicarnos los terrores de aquel tiempo ante un misterio como el Atlántico mar, que las gentes creían

cerrado por témpanos gigantescos perpetuos, lamiendo zonas inhabitables, donde por necesidad habrían de tropezar con su sepultura los atrevidos que fuesen osados á reirse de las divinas prohibiciones; preñado del Érebo, del caos formidable, de donde las cosas al eco de la palabra divina surgieran y adonde han de volver las cosas también, deshechas y disueltas en las ráfagas precursoras del juicio final: Apocalipsis espantoso, en que unas veces aparecía la mano de Satanás, semejante por sus dimensiones á colosal araña, manchando los cielos, y abierta para enredar en sus negros dedos los barcos, y otras veces aquel enorme *Leviathan*, forjado por cíclopes horribles y por feos hipocentauros, combatido entre sendos huracanes eléctricos, seguido de voraces y exterminadores monstruos, los cuales se conjuran para extender y difundir por las aguas inexploradas perdurables y exterminadores naufragios. Para que nada faltase, había la imaginación, extraviada en sus delirios, alterado hasta la historia natural, y visto en el agua peces de extraordinarias formas asaltando á los pobres mareantes, y aves de dos cabezas con garras más afiladas que todos los aceros juntos, cuyas negras alas podían obscurecer el sol como con dobles sudarios y cuyo hueco buche devorar y sepultar pueblos enteros. Así, no recordemos que los pobladores de Moguer y Palos preferían sus buques y sus hogares á la incertidumbre de una empresa, por más que la esmaltasen los iniciadores con toda suerte de halagos y prometiesen al terminar ríos de plata líquida, montañas de oro macizo, mares donde se cosechaban las perlas á puñados, lloviznas y rocíos de brillantes; no recordemos esta resistencia de los pacíficos ciudadanos; recordemos únicamente cómo los penados preferían la cadena perpetua y la horca misma, si los apuraban, á morir achicharrados en la zona tórrida ó hervidos en agua de una continua ebullición. Ni las suspensiones de causas decretadas en pro del número de reos que quisieran tripular las carabelas; ni las inverosímiles medidas congruentes con estas violencias lograban resultado ninguno favorable á la empresa;

y Colón corría el grave riesgo de ahogarse á la orilla misma del mar de su deseo, y perder el ahorro de unos treinta y más años en que había vuelto su vida y su idea por entero hacia la colosal obra de su viaje, frustrado casi por increíbles repugnancias de abajo, completamente inesperadas, cuando parecía más cierto y más seguro por las concesiones de arriba con tan hercúleos empeños alcanzadas. Los nervios de Colón á tal recelo se descompusieron por completo y la cabeza padeció vértigos no experimentados en las contrariedades mayores. Aquella su paciencia inacabable se fundió en una impaciencia febril que lo mataba, y estalló en sacudimientos casi epilépticos y en desesperanzas casi suicidas. Con las ordenanzas Reales puestas sobre su cabeza; con el oro, á tanto esfuerzo allegado, en su escarcela; con las autoridades todas á sus pies; el plan suyo se perdía y desconcertaba en la resistencia popular.

Afortunadamente, Colón tenía por sí á la providencia de su obra, tenía por sí al franciscano Juan Pérez: y éste, como le había con su influjo acorrido en las dificultades opuestas por la Corte, acorreríale también ahora en las dificultades opuestas por el pueblo. Colón le pidió auxilio en tres consecutivos naufragios morales, peores que los naufragios oceánicos, y á los tres dió puerto de refugio la caridad y la sabiduría del monje. Su conocimiento de la muchedumbre corría parejas con su conocimiento de la realeza. Y cual supo buscar en el trono la fuente de los recursos necesarios para la obra, supo buscar en el pueblo los medios de que los recursos allegados no se frustraran por carencia de cooperación popular en el trabajo, más ínfimo quizás, pero más indispensable, á tanta empresa. Movíale primero su amistad por la persona de Colón, exaltada en términos de parecerse mucho á la sentida más tarde por el nombre y memoria de Colón en el pecho de un hombre tan fervoroso y vehemente como el P. Las Casas, amistades las dos en culto rayanas y transmitidas casi con sus obras materiales é intelectuales á todos los siglos. Mas, dejando aparte afectos personalísimos tan dignos y

nobles, aun movía de seguro al P. Juan, mayormente que su amistad con Colón, su amor á la ciencia cosmográfica, en las orillas del mar y en las conversaciones con los pilotos allegada, y su amor á la religión cristiana, próxima en sus experiencias y en sus conclusiones á extenderse por los mares y por los horizontes y por los territorios y por los pueblos de que le hablaba el descubridor en la cruz del convento, mirando al cielo y oyendo al Océano, por las noches, al saltarle la cabeza el genio y bullirle en los labios el verbo de sus proféticas visiones. Y allá, con su amistad por el Profeta y con su afecto entusiasta por la ciencia, con su culto piadosísimo á la religión, uníase por necesidad el deseo natural de tan exaltado fraile de que su Orden, la seráfica Orden franciscana, cuyo espíritu había inspirado á Giotto sus cuadros, y á Dante sus tercetos, y á San Buenaventura sus libros, extrayendo del cristianismo aquella tendencia democrática que había de juntarlo por siempre al progreso universal, inscribiese durante toda una eternidad su recuerdo imperecedero en la obra, que creía él y anunciaba imperecedera también, de su amado amigo, el inmortal nauta. Y, con efecto, el presentimiento luminosísimo se cumplió; la religión de San Francisco brilló en aquella ocasión y sobre aquel plan como la estrella evangélica que guiara los Reyes del Oriente antiguo y extremo al portal de Belén. Diríase que Dios había querido premiar la caridad inagotable de San Francisco asociando su Orden á tan caritativa obra; los amores de San Francisco por la naturaleza, guardados en sus poemas de las florecillas, asociando su Orden al hallazgo de nuevos aromas en campos recién creados, como el paraíso terrenal sin mancha, por recién inventados, y de astros nunca lucientes hasta entonces en lo infinito; el cuidado de San Francisco por los pobres y por los humildes, de tanto más precio cuanto que los cumplía bajo las feudales terribles ladroneras y horcas del férreo mundo medioeval, asociando su orden al continente oculto en que debían brotar la libertad, la democracia, la república, esa clarísima trilogía del mundo so-

cial correspondiente con la trinidad sublime del cielo cristiano. Los desasimientos de todo interés mezquino; los entusiasmos y efusiones por el ideal religioso; la mezcla feliz de su fe viva con su adivinada ciencia; el efluvio magnético de un éter como el que despiden las noches andaluzas y las absorciones de una evaporación salina como la que los mares oceánicos exhalan; aquella natural confianza que se adquiere por necesidad al recogimiento y al estudio monásticos, en la posible verificación de todas las sobrehumanas intuiciones, hiciéronle, no sólo santo, sabio en astronomía y náutica, determinando su ánimo á mezclarse con tanto empeño en la empresa increíble hasta cumplirla con tanta felicidad, que su ascética figura luce hoy, entre todas, á las puertas del Nuevo Mundo; y su nombre no se apagará en los recuerdos de la eterna humanidad, ni siquiera cuando se hayan extinguido las estrellas australes en los espacios del nuevo hemisferio.

CAPÍTULO XVI.

MARTÍN ALONSO PINZÓN.



¿Qué se necesita, preguntó á sí mismo el P. Pérez, para preparar la obra de Colón en este instante supremo? Pues necesitábase de una influencia en los pueblos tan poderosa como la que había tenido él en los Reyes. Tal influencia debía estar cimentada en la solidez de una posición social, y en el crédito de un saber marítimo que destruyese las desconfianzas populares y embarcase las dotaciones indispensables en las vacías carabelas. Para esto había que buscar autoridad, y autoridad comarcana capaz de compeler las muchedumbres á poner mano en la empresa. Nadie está obligado á tener el don de adivinanza. Un asceta como el buen franciscano debía entrever en sus deliquios el Nuevo Mundo y el nuevo cielo. Pero la muchedumbre no podía subir á esas alturas y necesitaba juzgar por la experiencia. Sin que sea preciso visitarlas y conocerlas, basta con recorrer en cualquier compendio geográfico la ribera, presidida por Huelva hoy sobre la extrema parte del territorio andaluz, para comprender cómo en ella predominan dos caracteres indudables: el marino y el minero. Con ríos formados casi por óxidos de hierro; con minas de cobre, celebradas desde los prehistóricos tiempos; con marismas inacabables, que parecen pedir poblaciones anfi-